

art buchwald

LOS FRANCESES CONTRA SI MISMOS

PARIS.—Es un hecho que Francia está sufriendo su peor temporada de turismo en muchos años. Esto no sólo está afectando a los franceses económicamente, sino que está teniendo en ellos un inaguantable efecto psicológico. Gastón, mi amigo, me explicó por qué, diciendo:

—Mire usted, mon cher ami: los turistas desempeñaron siempre un papel mucho mayor en Francia que en cualquier otro país europeo. No era sólo la cuestión financiera, sino también que los franceses podían achacar a los turistas todo lo malo que ocurría en Francia.

—No comprendo —le dije.

—Bien: usted recordará que, años después de la guerra mundial, cada vez que ocurría aquí algo malo se echaba la culpa a los turistas. Si los precios subían, era por ellos. Si no se podía obtener una mesa en un café, era porque los turistas las ocupaban todas. Si había dificultades de tráfico, se debía a los omnibus de los turistas. Cada francés se complacía en relatar historias de atrocidades cometidas por los turistas. Esto le daba un sentimiento de satisfacción y seguridad.

—Lo recuerdo bien —dije—. Aun siendo un norteamericano residente en Francia, yo acusaba a los turistas de todos mis problemas.

—Era una cuestión de Francia contra los turistas, de los franceses contra el mundo.

—Días maravillosos aquellos... —comenté.

—Todos desempeñamos nuestro papel —continuó diciendo Gastón—. ¿Sabe usted que yo escribí una vez en la acera frente al restaurante Maxim's: "Yanquis, go home!"?

—Era lo que había que hacer —dije—. Cuando los precios eran muy bajos, a los norteamericanos no les importaba nada...

—Por desgracia —siguió diciendo Gastón—, hace unos años comenzó a disminuir el número de turistas. El año pasado casi no existían. Este año no hay ni uno.

—¿Por qué, Gastón, por qué?

—Fue culpa de De Gaulle. Habló tanto de la grandeza de Francia que ningún turista creyó que merecía la pena visitar el país.

—Por supuesto —dije—. Para comenzar, los turistas tienen un terrible complejo de inferioridad, y De Gaulle los asustó.

—Exactamente. Ningún extranjero podía adaptarse a la imagen de Francia descrita por De Gaulle, así que decidieron ir a España o Italia.

—Italia ha sido siempre más fuerte en "souvenirs" que en "grandeur".

—Pero lo que De Gaulle no comprendió fue que iba a ahuyentar a los turistas —dijo Gastón—, y que entonces los franceses se iban a quedar sin víctimas propiciatorias a quienes culpar de sus dificultades. Los precios siguieron subiendo, hubo dificultades de tránsito y tampoco se podía hallar una mesa en un café. Por primera vez desde la guerra los franceses se dieron cuenta de que no eran los turistas a los que había que culpar, sino a ellos mismos...

—¿Qué terrible despertar! —dije.

—Fue algo superior a lo que los franceses podían soportar...

—¿Y qué hicieron?

—Levantaron barricadas.

—¿Quiere usted decir que los pasados disturbios en Francia fueron motivados por la ausencia de turistas?

—Naturalmente —dijo Gastón—. No creerá usted que los franceses iban a pelearse entre ellos si hubiera habido algunos extranjeros por aquí...

(Copyright 1968, The Washington Post Co.-Distribuido por Editors Press Service-Agencia Zardoya.)

los suburbios de Río. La gente que vive en esos suburbios está inadaptada a la sociedad en plena evolución, que les rodea. Más inadaptados aún, cuando ven nacer y progresar en medio de ellos, unos medios de consumo intensivo, a los que no están invitados a participar. Efectivamente, Zulmira y su marido no «participan». El es un obrero parado para quien el sistema tiene prevista una alienación reconfortante: la afición al fútbol; ella, padece un agudo misticismo mezclado con superstición y una extraña obsesión de gozar de un entierro fastuoso. Su vida, tal como le está dado vivirla, no vale nada: le compensa trocarla por un entierro que merezca la pena. Ha habido un momento, sin embargo, en que Zulmira ha sentido ganas de vivir: será la sorpresa del film, con la mujer ya muerta, cuando descubrimos que fue capaz de un ramalazo de pasión, de algo que agitó momentáneamente su miserable existencia.

Zulmira es un personaje contradictorio, complejo. Fruto de una educación

secular, con un fondo religioso confundido con la superstición, concibe su muerte como un oscuro y confuso rechazo de una vida sin futuro. Ni siquiera le queda esa posibilidad al marido, aletargado por una ociosidad impuesta, capaz de vibrar, tan sólo, ante el nombre de su ídolo futbolístico, Ademir, o ante la convocatoria del partido entre el Vasco y el Fluminense... El entierro —no tan fastuoso como lo había deseado Zulmira— simboliza, de alguna manera, la liquidación de esa «vida seca», agostada por los prejuicios y las falsas creencias.

León Hirszman no posee la violencia expresiva de un Rocha, ni su sentido del espectáculo: «La fallecida» es, sin embargo, un ejemplo de ese «novo cinema», tan desconocido aún entre nosotros y tan necesario, no sólo por la actitud crítica que consiga despertar en la conciencia cívica brasileña, sino por las enseñanzas de todo tipo que puede aportar a una cinematografía tan titubeante como la española. ■ J. G. D.

LA AEROFLOT Y U. S. A.

Después de diez años de negociaciones, interrumpidas con frecuencia por recaídas en la guerra fría, el primer vuelo de la Aeroflot (compañía soviética de aviación) entre Moscú y Nueva York ha sido considerado en los Estados Unidos como un acontecimiento de importancia nacional. El semanario "Life" le ha dedicado su portada y otras revistas, como "Time", largos artículos donde se observa una cierta inquietud ante el aumento de la competencia soviética, que amenaza la supremacía de las líneas norteamericanas del Pacífico.

FUTBOL

El digo y el diego

¿Lo ha dicho o no lo ha dicho? El «escándalo» periodístico de la semana ha corrido a cargo del presidente del Real Madrid, don Santiago Bernabéu.

Según un periodista del semanario «Murcia Deportiva», don Santiago le dijo, en el curso de una larga conversación: «No están en lo cierto quienes dicen que no quiero a Cataluña. La quiero y la admiro, a pesar de los catalanes».

Y en otro momento: «Admiro a Villa Reyes. Sólo por presidir en Cataluña un club que lleva el nombre de España, ya es digno de admiración».

Según «Murcia Deportiva», don Santiago dijo muchas otras cosas más. Se ve que el «cerebro» del Real Madrid, habitualmente locuaz, estaba de vena y habló por los codos. ¿Interpretó bien el periodista las palabras de «don Santi»? ¿Las tergiversó involuntariamente, debido a que «muchas veces los informadores no toman notas y luego se lanzan a reproducir respuestas como si fuesen absolutamente exactas?»

El hecho es que el señor Bernabéu niega haber dicho la primera frase, o al menos haberla dicho de ese modo, pero no niega que la segunda es auténtica: «Con respecto a Vila Reyes, en la comida que celebramos en Madrid, ante el presidente del Barcelona y el

de la Federación Española de Fútbol, afirmé lo mismo y nadie se escandalizó».

Esta vez, sí. La prensa catalana se ha escandalizado y, de ser ciertas las palabras —o el sentido de las palabras— de don Santiago, con razón. El propio mundillo futbolístico se ha conmovido. El presidente del Club de Fútbol Barcelona, y procurador en Cortes, don Narciso de Carreras, ha declarado al semanario deportivo «Dícn»: «Más que como barcelonista, la ofensa me duele como catalán, en razón directa de mi amor a España. Pero a quien ofende es a todos los catalanes. Esto es intolerable, máxime cuando se hace a la sombra de una bandera deportiva». Y añade el señor Carreras que «el señor Bernabéu no se acaba de acostumbrar a que el Barcelona haya ganado la Copa de S. E. el Jefe del Estado».

¿Vendrá todo de ahí? ¿Vendrá todo de esa final de Copa?

El señor Bernabéu ha sacado a relucir su «repulsión a mezclar política y fútbol». («El deporte no debe servir para hacer política, sino para unificar criterios y convicciones, unir a pueblos y países»). Pero pese a él, y pese a todos, ¿no estarán ya, fútbol y política, desdichadamente mezclados?

COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, Chumy-Chúmez J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, R. López Golcochea, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, César Santos Fontenla. FOTOS: Cifra, Europa Press y Archivo.